

EMOCIONES Y LENGUAJE  
EN EDUCACIÓN Y POLÍTICA

Humberto Maturana R.

EMOCIONES Y LENGUAJE  
EN EDUCACIÓN Y POLÍTICA

 PAIDÓS

# PRIMERA PARTE

# 1. Una mirada a la educación actual desde la perspectiva de la biología del conocimiento

ME HAN PEDIDO RESPONDER A UNA PREGUNTA: LA EDUCACIÓN actual, ¿sirve a Chile y a su juventud?; y en caso de respuesta afirmativa, ¿para qué o para quién? Al mismo tiempo, me han pedido que considere esto desde ángulos tan distintos como la sociedad y el aula, y que lo haga teniendo en mente tanto a los que trabajan dando clases a la juventud, como a los que estudian el proceso de aprendizaje y el fenómeno del conocimiento, buscando comprender cómo se aprende y qué es lo que permite formar a la juventud de una u otra manera.

Para responder a esa pregunta y satisfacer esas peticiones, voy a hacer dos tipos de reflexiones. Una, relativa a para qué sirve la educación, y otra, sobre lo humano, considerando la pregunta: ¿qué es esto de ser un ser humano? Más aún, al hacer estas reflexiones diré algo sobre biología de la

educación y sobre ética, y finalizaré con alguna conclusión general que, a mi parecer, se deriva de tales reflexiones.

### **1.1. ¿Para qué sirve la educación?**

Quiero empezar con el “para qué” por una razón muy simple. Porque si uno se pregunta “¿sirve la educación actual a Chile y a su juventud?”, uno está haciendo la pregunta desde el supuesto de que todos entienden lo que la pregunta implica. Pero, ¿es cierto eso? La noción de servir es una noción relacional; algo sirve para algo con relación a un deseo, nada sirve en sí. En el fondo, la pregunta es “¿qué queremos de la educación?”. Pienso que uno no puede considerar ninguna pregunta sobre el quehacer humano, en lo que se refiere a su valor, su utilidad o a lo que uno puede obtener de él, si uno no se pregunta lo que quiere. Preguntarse si sirve la educación chilena exige responder a preguntas como: “¿qué queremos con la educación?”, “¿qué es eso de educar?”, “¿para qué queremos educar?” y, en último término, a la gran pregunta, “¿qué país queremos?”.

Pienso que uno no puede reflexionar acerca de la educación sin hacerlo antes, o simultáneamente, respecto de esta cosa tan fundamental en el vivir cotidiano como es el proyecto de país en el cual están inmersas nuestras reflexiones sobre educación. ¿Tenemos un proyecto de país? Tal vez, nuestra gran tragedia actual es que no tenemos uno. Es cierto que no podemos jugar a volver al pasado. Sin embargo, como profesor universitario, me doy cuenta de la existencia de dos proyectos nacionales, uno del pasado y otro del presente, claramente distintos; uno que yo viví como estudiante y otro que —encuentro— los estudiantes actuales se ven forzados a vivir.

Yo estudié para devolver al país lo que había recibido de él; estaba inmerso en un proyecto de responsabilidad social, era partícipe de la construcción de un país en el cual uno escuchaba continuamente una conversación sobre el bienestar de la comunidad nacional, al que uno mismo contribuía a construir siendo miembro de ella. No era yo el único. En una ocasión, al comienzo de mis estudios universitarios, nos reunimos todos los estudiantes del primer año para declarar nuestras identidades políticas. Cuando esto ocurrió, lo que a mí me pareció sugerente fue que, en la diversidad de nuestras identidades políticas, había un propósito común: devolver al país lo que estábamos recibiendo de él. Es decir, vivíamos nuestro pertenecer a distintas ideologías como diferentes modos de cumplir con nuestra responsabilidad social de devolver al país lo que habíamos recibido de él, en un compromiso —explícito o implícito— de realizar la tarea fundamental de acabar con la pobreza, con el sufrimiento, con las desigualdades y con los abusos.

La situación y preocupaciones de los estudiantes de hoy han cambiado. Actualmente, los estudiantes se encuentran en el dilema de escoger entre lo que de ellos se pide —que es prepararse para competir en un mercado profesional—, y el impulso de su empatía social, que los lleva a desear cambiar un orden político-cultural generador de excesivas desigualdades que traen pobreza y sufrimiento material y espiritual.

La diferencia que existe entre prepararse para devolver al país lo que uno ha recibido de él, trabajando para acabar con la pobreza, y prepararse para competir en el mercado ocupacional, es enorme. Se trata de dos mundos completamente distintos. Cuando yo era estudiante, como ya lo dije, deseaba retribuir a la comunidad lo que de ella recibía, sin conflicto, porque mi emoción y mi sensibilidad frente al otro, y mi propósito o intencionalidad respecto del país,

coincidían. Pero actualmente, esta coincidencia entre propósito individual y propósito social no se da porque, en el momento en que uno se forma como estudiante para entrar en la competencia profesional, uno hace de su vida estudiantil un proceso de preparación para participar en un ámbito de interacciones que se define en la negación del otro, bajo el eufemismo “mercado *de la libre y sana competencia*”. La competencia no es ni puede ser sana, porque se constituye en la negación del otro.

La sana competencia no existe. La competencia es un fenómeno cultural y humano, y no constitutivo de lo biológico. Como fenómeno humano, la competencia se constituye en la negación del otro. Observen las emociones involucradas en las competencias deportivas. En ellas no existe la sana convivencia, porque la victoria de uno surge de la derrota del otro, y lo grave es que, bajo el discurso que valora la competencia como un bien social, uno no ve la emoción que constituye la praxis del competir, y que es la que constituye las acciones que niegan al otro.

Recuerdo haber asistido a un curso de Economía dictado en la Universidad Católica por un economista de la escuela de Chicago, pues quería entender a los economistas. Él centró su discurso en las leyes de la oferta y la demanda. Nos habló de los reemplazos de importaciones por producciones locales, y de las exportaciones en el libre mercado destacando las bondades de la sana competencia, etc. Yo le pregunté si, en el encuentro mercantil, hay alguna diferencia cuando los que participan en él son amigos y se respetan, con respecto a cuando no lo son, no se conocen ni se respetan. Él no supo qué contestar. Por lo menos eso me reveló que era una pregunta que jamás se había hecho, porque quien se haga esa pregunta no puede sino trabajar para obtener una respuesta, pues se trata de una pregunta fundamental. No es lo mismo un encuentro con alguien

que pertenece al mundo de uno y a quien uno respeta, que un encuentro con alguien que no pertenece al mundo de uno y que es para uno indiferente, aunque esto sea en la simple transacción mercantil, que nos parece tan obvia y tan clara. *No es lo mismo porque las emociones involucradas son distintas.*

De modo que los jóvenes chilenos están ahora, implícita o explícitamente, empujados por el sistema educacional actual a formarse para realizar algo que no está declarado como proyecto nacional, pero que configura un proyecto nacional fundado en la lucha y la negación mutua, bajo la invitación a la libre competencia. Aun más, se habla de libre competencia como si esta fuese un bien trascendente válido en sí, y que todo el mundo no puede sino valorar positivamente y respetar como a una gran diosa —o tal vez un gran dios— que abre las puertas al bienestar social, aunque de hecho niega la cooperación en la convivencia que constituye lo social. Pero dejemos de lado, por ahora, la pregunta sobre el proyecto nacional y la competencia, y atendamos a sus fundamentos como aspectos de nuestro ser cultural.

## **1.2. Racionalidad y emoción**

¿Qué somos? ¿Qué es lo humano? Corrientemente pensamos en lo humano, en el ser humano, como un ser racional y frecuentemente declaramos, en nuestro discurso, que lo que distingue al ser humano de los otros animales es su ser racional.

Quiero llamar la atención de ustedes sobre estas afirmaciones que se hacen en el supuesto implícito de que es absolutamente claro lo que uno dice, y quiero hacerlo porque estas afirmaciones, hechas así, con tanta soltura, constituyen unas anteojeras, como las que llevan los caballos para que no se asusten con el tránsito de los vehículos que los adelantan



en una carrera más veloz que la suya. Se ven pocos caballos con anteojeras en Santiago, pero en el campo las anteojeras aún se usan. ¿Con qué propósito se usan? Para restringir la visión. Si un caballo ve algo —un vehículo, por ejemplo— que viene rápido por el lado, se asusta y echa a correr. Si lo ve cuando el vehículo ya pasó, su reacción es distinta.

Todos los conceptos y afirmaciones sobre los que no hemos reflexionado, y que aceptamos como si significasen algo simplemente porque parece que todo el mundo los entiende, son anteojeras. Decir que la razón caracteriza a lo humano es una anteojera y lo es porque nos deja ciegos frente a la emoción, que queda desvalorizada como algo animal o algo que niega lo racional. Es decir, al declararnos seres racionales, vivimos una cultura que desvaloriza las emociones, y no vemos el entrelazamiento cotidiano entre razón y emoción que constituye nuestro vivir humano, y no nos damos cuenta de que todo sistema racional tiene un fundamento emocional. Las emociones no son lo que corrientemente llamamos “sentimientos”. Desde el punto de vista biológico, lo que conocemos cuando hablamos de emociones, son disposiciones corporales dinámicas que definen los distintos dominios de acción en los que nos movemos. Cuando uno cambia de emoción, cambia de dominio de acción. En verdad, todos sabemos esto en la praxis de la vida cotidiana, pero lo negamos, porque insistimos en que lo que define nuestras conductas como humanas es su ser racional. Al mismo tiempo, todos sabemos que cuando estamos en una cierta emoción, hay cosas que podemos hacer y otras que no, y que aceptamos como válidos ciertos argumentos que no aceptaríamos bajo otra emoción.

Tomemos como ejemplo de lo dicho la situación siguiente: al llegar a la oficina, uno declara que piensa pedir un aumento de sueldo al jefe y la secretaria amiga dice: "No se lo

pidas hoy porque está enojado, no te va a dar nada”. ¿No es acaso lo que dice la secretaria una indicación de que ella sabe que la persona enojada solamente puede actuar de una determinada forma, no porque esté restringida de una manera absoluta, sino porque está en un dominio en el que solo son posibles ciertas acciones y no otras? Así decimos también, que las cosas dichas con enojo tienen una potencia, un valor o respetabilidad distinta de aquellas dichas en la serenidad y en el equilibrio. ¿Por qué? No porque una cosa dicha en el enojo sea menos racional que otra dicha en la serenidad, sino porque su racionalidad se funda en premisas básicas distintas, aceptadas *a priori* desde una perspectiva de preferencias que el enojo define. Todo sistema racional se constituye en el operar con premisas aceptadas *a priori* desde cierta emoción.

Biológicamente, las emociones son disposiciones corporales que determinan o especifican dominios de acciones. Los invito a meditar sobre cómo reconocen ustedes sus propias emociones y las de los otros; y, si lo hacen, verán que distinguen las diferentes emociones haciendo alguna apreciación del dominio de acciones en el que se encuentra la persona o animal, o haciendo una apreciación del dominio de acciones que su corporalidad connota.

Las emociones son un fenómeno propio del reino animal. Todos los animales las tenemos. Si ustedes en la noche, en su casa, al encender la luz y ver en el medio de la pieza una cucaracha que camina lentamente, gritan “¡cucaracha!”, el insecto empieza a correr de un lado para otro. Si ustedes se detienen a observar lo que pasa, podrán darse cuenta de que las cosas que la cucaracha puede hacer, en un caso y otro, son completamente distintas. La cucaracha que va caminando pausadamente en medio de la pieza puede detenerse a comer, pero la que corre de un lugar a otro no puede hacerlo. Lo

mismo nos pasa a nosotros, pero no solamente con las acciones, sino también con la razón.

Nosotros hablamos como si lo racional tuviese un fundamento trascendental que le da validez universal, independiente de lo que nosotros hacemos como seres vivos. Eso no es así. Todo sistema racional se funda en premisas fundamentales aceptadas *a priori*, aceptadas porque sí, porque a uno le gustan, porque uno las acepta simplemente desde sus preferencias. Y eso es así en cualquier dominio, ya sea el de las matemáticas, el de la física, el de la química, el de la economía, el de la filosofía o el de la literatura. Todo sistema racional se funda en premisas o nociones fundamentales que uno acepta como puntos de partida porque quiere hacerlo, y con las cuales opera en su construcción. Las distintas ideologías políticas también se fundan en premisas que uno acepta como válidas y trata como evidentes de partida, porque quiere hacerlo. Y si uno esgrime razones para justificar la adopción de esas premisas, el sistema racional que justifica esas razones se funda en premisas aceptadas porque sí, porque uno consciente o inconscientemente así lo quiere.

Observen ustedes que existen dos tipos de discusiones entre las personas. Hay discusiones, desacuerdos, que se resuelven sin que uno vaya más allá de ponerse colorado. Si yo digo que dos por dos es igual a cinco y ustedes me dicen: “¡No, hombre, no es así! Mira, la multiplicación se hace de esta manera”, mostrándome cómo se constituye la multiplicación, yo a lo más digo, “¡ah! de veras, tienes toda la razón, disculpa”. Si esto ocurre, lo peor que me puede pasar es que me ponga colorado y tenga un poco de vergüenza. También puede ser que no me importe nada, porque el desacuerdo no tiene nada más que un fundamento lógico, ya que solo hubo un error al aplicar ciertas premisas o reglas operacionales que yo y el otro aceptábamos. Nuestro desacuerdo era trivial, pertenecía a la lógica.

Nunca nos enojamos cuando el desacuerdo es solo lógico, es decir, cuando *el desacuerdo surge de un error al aplicar las coherencias operacionales derivadas de premisas fundamentales aceptadas* por todas las personas en desacuerdo. Pero hay otras discusiones en las cuales nos enojamos (es el caso de todas las discusiones ideológicas). Esto ocurre cuando *la diferencia está en las premisas fundamentales* que cada uno tiene. Esos desacuerdos siempre traen consigo un remezón emocional, porque los participantes en el desacuerdo lo viven como amenazas existenciales recíprocas. Desacuerdos en las premisas fundamentales, son situaciones que amenazan la vida, *ya que el otro le niega a uno los fundamentos de su pensar y la coherencia racional de su existencia.*

Por eso existen disputas que jamás se van a resolver en el plano en el que se plantean. Por ejemplo, la guerra en Irlanda del Norte no tiene solución, a menos que un acto declarativo saque a ambos bandos del espacio religioso donde, dentro de los fundamentos de una creencia, niegan los fundamentos de la otra y los lleve a un dominio de mutuo respeto. No basta con que se reúnan a conversar los bandos oponentes desde la tolerancia al error del otro. Si lo hacen así, terminarán peleándose, porque ambos bandos están defendiendo sistemas que, aunque coherentes en sí, tienen premisas fundamentales diferentes que se excluyen mutuamente, y que sus cultores aceptan o rechazan no desde la razón sino desde la emoción: las premisas fundamentales de una ideología o religión se aceptan *a priori* y, por lo tanto, no tienen fundamento racional. Más aún, si uno llega a proponer un argumento racional para escoger estas u otras premisas, reclamando para su sistema ideológico un fundamento racional, uno lo hace ciego a lo dicho más arriba, esto es, ciego al hecho de que las premisas fundamentales últimas que fundamentan la racionalidad del argumento convincente las aceptamos *a priori*. Por esto, no podemos pretender una justificación trascendente para nuestro actuar al decir “esto es racional”.